

VERSO Y PROSA

BOLETIN DE LA NUEVA LITERATURA

AÑO II

MURCIA - 1928 - OCTUBRE

NÚM. 12

ELEGÍA

*Este lugar, hostil a los oscuros
avances de la noche vencedora,
ignorado respira ante la aurora,
sordamente feliz entre sus muros.*

*Pereza, noche, amor la estancia quieta
bajo una débil claridad ofrece.
El esplendor sus llamas adormece
en la lánguida atmósfera secreta.*

*Y la pálida lámpara vislumbra
rosas, venas de azul, grito ligero
de un contorno desnudo, prisionero
ténueamente abolido en la penumbra.*

*¡Rosas tiernas, amables a la mano
que un dulce afán impulsa estremecida!
¡Venas de ardiente azul! Toda mi vida
al insensible sueño vuelta en vano.*

*¿Vive o es una sombra, mármol frío
en reposo inmortal, pura presencia
ofreciendo su estéril indolencia
con un claro, cruel escalofrío?*

*Con indeciso soplo lento oscila
el bulto langoroso: se estremece
y del seno la onda oculta crece
al labio donde nace y se aniquila.*

*¡Oh equívoca delicia! Esa hermosura
no rinde su abandono a ningún dueño:
camina desdeñosa por su sueño
pisando una falaz ribera oscura.*

*Del obstinado amante fugitiva
rompe los delicados, blandos lazos.
A la mortal caricia, entre los brazos.
¿qué pureza tan súbita la esquiva?*

*...Soledad amorosa. Ocioso yace
el cuerpo juvenil perfecto y leve.
Melancólica pausa En triste nieve
el ardor soberano se deshace.*

*¿Y qué esperar, Amor? Sólo un hastío;
el amargor profundo, los despojos.
Llorando vanamente ven los ojos
ese entreabierto lecho torpe y frío.*

*¡Tibio blancor, jardín fugaz, ardiente,
donde el eterno fruto se tendía
y el labio alegre, dócil lo mordía
en un vasto sopor indiferente!*

*De aquel sueño orgulloso en su fecundo,
espléndido poder, una lejana
forma dormida queda, ausente y vana,
entre la sorda soledad del mundo.*

*Esta insaciable, ávida amargura,
flecha contra la gloria del amante,
¿enturbia ese sereno diamante
de la angélica noche, inmóvil, pura?*

*Mas no. De un nuevo albor el mundo lento
transparenta tan leve luz dudosa.
El pájaro en su rama melodiosa
alisando está el ala, el dulce acento.*

*Ya con rumor suave la belleza
esperada del mundo otra vez nace.
Y su onda monótona deshace
este remoto dejo de tristeza.*

LUIS CERNUDA



PABLO PICASSO: Pintura

En un ejemplar de ARIAS TRISTES de Juan R. Jiménez

*Aunque mi torpe verso estas Arias profane
tristes y alegres ya por mejorar de dueño,
quiero que de mi pluma la fuente negra mane
porque algo mío quede sobre el libro zahareño.*

*Mil veces pasearon mis dedos su pereza
por las flores con Schubert de este arbusto
[temprano,
Ya, aunque lejos se vayan, yo guardo la certeza
de su llanto en mi oído, de su esencia en mi
[mano.*

*A ese jardín botánico suplan su ausencia sola,
y muden azahares por esta brisa de ola
bajo el fervor sin tacha del nuevo jardinero.*

*Yo las despido ahora como aquel buen Rodrigo
a sus espadas; porque mejorarán contigo,
tómalas de mis manos, querido Juan Guerrero.*

GERARDO DIEGO

RETORNO

1

(CUERPO)

*Del siempre amanecer por las mañanas,
hastada nave del capricho a remos,
una rama de oliva en la su prora
su quilla enfila el olvidado afecto.
—Luminarias de fe sobre el trinquete,
velamen de ilusión que aupa el viento.—*

*Tu recuerdo con alas de vilano
—rapaz del alma y del letal sosiego—
riza el aire que aspiro en espirales
de brumas blancas y de gris anhelo.
¡Perdido en la espesura de las horas,
rosales del jardín de los recuerdos!*

*Al timón tu memoria, timonera
de la nave perdida de tu cuerpo;
sin brújula, al paio ante la Esfinge
¿qué le preguntas a sus ojos muertos?*

*—Ni agua cala la ría de mi alma
ni sitio para tí quedó en mi puerto.*

2

(SOMBRA)

*Tozuda compañera ¿por qué hieres
mis huellas con tus pasos?
Andas tras mí espionando; vuelvo y vuelves;
si te miro, me miras, y palpante
quise y no pude. Por los tersos muros
caminas; sobre el polvo, por las flores
del jardín andas, y a abrazarte voy
y tu tela de araña—parda tela,
alma quizá escapada de tu cuerpo—
huye ante mí y se burla de mis ansias.*

*Hice rumbo a la mar para ahogarte.
Mi pie hollando la lengua de las aguas
borda en mi pierna espumas, y allá lejos
sólo es testigo aquella vela blanca.*

*¡Espía sigiloso! En una ola
por fin vieron mis ojos a tu espectro
mecido en sus vaivenes ¡ahogado!
Sola queda mi alma, con mi cuerpo!*

*Y al tornar—mis pisadas por sendero—
huidiza la arena ante mis plantas;
en ex voto mis manos, con la noche
curvada sobre mí, extenuada,
sentí un peso de culpa. Era, en la noche,
mi sombra muerta, sobre mis espaldas.*

FERNANDO VILLALÓN

Epitafio del cisne

«Pour n'avoir pas chanté la région où vivre»

*Aquí late del cisne la belleza incurable,
suspendida en el alba que su gracia demora
sin ocaso, una fuga de plumas decolora,
las frutales derivas de la onda inefable.*

*A sus frágiles pasos todo lago decora,
el fantasma invertido de un ayer lamentable,
y el futuro suscita, paralela indudable,
su remota presencia que a los cielos implora.*

*«Peregrino que dices el sabor del minuto,
respetas los pudores de la hora evadida
en los viudos anales que de blanco refuto.*

*Voluntades de ausencia me eludieron el
[fruto,
de los vuelos posibles, e ignorando la vida,
me dormí en un soneto sin probar lo ab-
[soluto».*

JOSÉ MANUEL MELGAREJO

Mundo poético

POETA eres y nada de la poesía te es ajeno. Ni siquiera su negación más antipoética. Frente a los anochecidos como frente a los amaneceres has ido anotando todas las sumas, y te saltaban los números súbitamente hasta componer la cantidad justa, comprobable frente al horizonte—horizonte, frente tuya—en una prueba decidida en el sueño. Las matemáticas son una ciencia divagatoria. Exactamente. De ahí su justeza, porque divagando—concurriendo—no les sobra ni un número. ¡Que tu verso sea numeroso! Así se decía. Y se dice. Pero—entendido—: ojo a la suma: que sea verdad—la que importa, la irrealísima, la de los números. Poeta, no mientas. Es decir, miente tanto con tu mentira que a todos nos engañes *superiormente*. Te lo dirán algunos—nunca falta un castizo y su flor decisiva—: ¡Ha estado usted superior! Y será verdad: más alto, más; eso, *superior*. En ese mundo terco y mendaz al que tú nos rescatas mediante nuestro brinco en tu trampolín radiante. Para encajarnos diestramente en tu esfera cumplida, en tu diafanidad de hielo, en tu lumbre que no quema, bajo tu luz perfecta. Tu mundo es geometría, poeta. Es una forma transparente, de aristas vivísimas, y su pista magnífica permite todas las figuras, todos los patines, todos los deslizamientos en tangente más elegantes. Para su resultado justo. Todas las flores de tu jardín queman, de frías que están. Y su rojo álgido, eximido, si junto al pecho, corta como un cuchillo—nunca como un ascua—, tallo hasta el corazón, plantado. Porque su rojo o su azul es de filos, y tu rosa esta hecha de pétalos aspadados, girantes, derramantes de su aroma destrísimo.

Tu flor no envenena ni adormece. ¡Qué alerta estoy oliéndola! Me sube hasta la frente, penetrante, e inunda de claridad todo su espacio, lo registra hasta sus últimas iluminadas zonas. Es una embriaguez de serenidad, de conciencia, de intuita visión, de estado. Caminar por tu mundo no es trabajo, es placer inteligente. La luz quizás no sale del fondo. Es posible que no. Parece como que todas las cosas tienen su luz en ellas y ellas se dan su aurora y su poniente. Su noche. De día ellas nacen. No nace el día. Nacen las cosas. Una asunción de formas nos dice que se ha hecho el día. La calidad de su materia es siempre comprobable. Hay una dureza en su constancia que las hace evidentes, heridoras. No pueden nunca decaer. Toda enfermedad está proscrita. La noche surge, no en ceniza, no del cielo. La noche no cae, se hace. Como si maduradas por el día alumbrasen su negro bruido, de acero, fulgen las calidades casi azules de las superficies bajo la inmensa bóveda cerrada, que guarda apasionadamente fría, contra su seno cóncavo, todas las titilaciones vivas, justas, silenciosas de la noche creada. La noche y el día trazan su órbita en tu mundo sin dolorosos tránsitos, siempre dominado. Y en tu mundo el dolor está tan retenido que se diría que no existe. Por lo menos no mancha. El dolor está, puede estar—¿por qué no?—, pero sólo en cuanto es ya belleza. Tu quietud no es pereza.—Es pureza—. Quizás es freno. Quizás tú, poeta, por tu mundo cabalgas, sobre tu potro joven, embridado, y despacio. Porque quieres, porque puedes. Te sientes jinete de un fogosísimo caballo, y



LUIS GARAY: Retrato

lo sabes dominado bajo la ligera presión de tus piernas seguras. Lo sientes bracear con lujo, con pausa, y paseas despacio, sobrado de fuerzas—bien abiertos los ojos, leve y firme la mano—, disfrutando del paisaje intuitivo. ¡Qué gozo, qué alegría este trabajo!

Punto a punto, elemento a elemento, verificas su realidad. Un bosque de irrealidad se abre ante tus ojos y entre su ordenada fronda nunca te pierdes, enhebrado en sus números, con ciencia e imán, para escuchar la irrefratada música que te dictan las copas. ¿En tu bosque no hay pájaros? Hay gargantas. Músicas de cristal o fuego, o de ramas y luces, surten en una coincidente armonía, totalidad sinfónica. Sin estruendo. Delgadamente a veces. Afiladamente. A veces con redondez, con verdadera rotundidad, ambición casi estelar en que ya más que música se escucha el signo altísimo, ligado, que lo hace todo solitario. Entonces tú, poeta, ya no eres tú, no eres nada. Es decir, lo eres todo. Quizás tú ya no estás en tí, sino en *lo demás*. Naturaleza tú mismo. O quizás la estás tú creando en tu interior y por eso existe. Es unidad contigo Poeta, creador, ¿existes tú o existe ella?Cuál es ya la verdad, cuál la mentira? Nosotros que hemos dado este brinco voleado porque tú lo has querido, ya no lo sabemos. Hemos surtido a tu mundo—¿a cual?—y no podemos ver sino lo que vemos. Estos ojos son tuyos. Estas voces son tuyas. Las mismas lenguas nuestras que se alzan y flamean, ondulan en el espacio, hechas llamas por tí, probablemente movidas por tu viento sutil que les arranca sus sonos. Pero no lo sabemos.

Poeta, sácanos de tu mundo. Clausura tu cristal transparente. Abate sus paredes tan justas. Vuévenos al sueño—a la vida—después de este despertar tan alerta en que nos has tenido sumidos.

VICENTE ALEIXANDRE

1928.

Cubismo

El cubismo ha de ser considerado, ante todo, como un deseo imperioso de aligerar el hecho pictórico de la pesada carga de estorbos que llevaba encima, y de mostrarlo, desnudo, y puro, totalmente despojado de supérflua ornamentación.

El cubismo—que ocupa un lugar preeminente entre las tendencias del panorama pictórico contemporáneo, cuya influencia sobre los mejores artistas actuales es todavía decisiva—ha comprendido, mejor que ningún otro movimiento plástico, el papel preponderante que las formas y los colores abstractos, huérfanos de toda figuración, tienen asignado en la obra pintada, y ha contribuido poderosamente al triunfo de la cruzada encaminada a eliminar de estas formas y de estos colores, el montón de calidades extra-plásticas que varias generaciones con vocación de simio habían amontonado sobre ellos, hasta escamotearlos definitivamente.

Gracias al cubismo conceptuamos hoy una verdad vulgar el hecho de que, en toda obra plástica más que la imitación de la naturaleza, más que la plasmación más o menos literal de los espectáculos naturales, más que las alusiones, disimuladas o no, a la realidad, lo que cuenta—técnicamente se entiende: no queremos abandonar en estas notas el terreno técnico para invadir el de la estética—son las relaciones de las formas y de los colores abstractos, desligados de toda representación.

Esta preferencia exacerbada de los mejores artistas contemporáneos por el solo juego formal y colorístico, podrá parecer completamente pueril a muchos.

A mediados del siglo pasado, sin embargo, la pintura—excepción hecha de algunas poderosas individualidades incomprendidas—no existía: muchos años de afán imitativo la habían enterrado bajo una densa estratificación de realidad. Fué pues preciso recrearla. El esfuerzo de los mejores tendió hacia esta recreación. El proceso del arte moderno es esencialmente un proceso de re-

creación. Y de la misma manera que todo edificio se empieza por los cimientos, la susodicha recreación se empezó por la base: es decir, por las relaciones de formas y colores abstractos, desposeídos de representación.

Los impresionistas, los primeros, —ansiosos de reinención y convencidos de la necesidad de comenzar por la base—se esforzaron en transformar la realidad en una exacta sinfonía de colores. «Los impresionistas—dijo André Lhote—afirmaron valerosamente su independencia con relación al objeto (ese objeto-fetichismo de los realistas) y para ellos, el objeto no fué sino un pretexto para invenciones coloreadas». Los contemporáneos de Monet, sin embargo, no se encararon más que con una parte de la verdad pictórica total y, menospreciando la forma, no supieron ver más allá de las pequeñas armonías de tonos.

Los cubistas han intentado la recreación de modo absoluto y, abordando el problema plástico en su totalidad—problema no tan solo de color, sino principalmente de forma—, lo han resuelto magistralmente. Hallada de nuevo la verdad pictórica, ellos se han creído obligados a mostrarla completamente descarnada en sus obras ya que, no disponiendo de otro medio, «para los pintores era necesario hacer conocer sus ideas, no con palabras, sino con sus telas», como ha dicho Gino Severini, el tráfuga del futurismo convertido hoy en uno de los más rígidos pintores cubistas.

En consecuencia, el cubismo ha hecho un uso casi exclusivo de formas y colores puros, y no se ha preocupado más que de hermanarlos sabiamente a fin de proporcionarnos la sensación de armonía, de euritmia y de equilibrio, que es uno de los principales fines de la obra de arte. Pintores, no otra cosa que pintores, los cubistas no atiborran su bagaje artístico con preocupaciones e intenciones perfectamente extra-plásticas, ni abandonan nunca los dominios estrictamente pictóricos, ni invaden terrenos que no tienen nada de común con la pintura.

La principal objeción que se ha hecho al cubismo ha sido la de haber engendrado un arte abstracto y deshumanizado. Ya hemos visto, sin embargo, que, habiendo desaparecido la pintura, fué necesario reconstruirla empezando por la abstracción básica. Hoy, recreada la pintura, los sucesores del cubismo han humanizado ya la primitiva abstracción con alusiones más o menos directas a la realidad. Y el cubismo tiene un valor inmenso de reacción y de tránsito que nadie se atreve ya a regatearle.

SEBASTIÁN GASCH

Aux Quatre Chemins

Flores, Garay, Gaya, los tres pintores murcianos que han venido a exponer juntos sus cuadros en la Galería de los Cuatro Caminos, de París, siguen tres caminos diferentes. Gaya parece buscar más la línea; Flores, el cuerpo, Garay, el paisaje. Ninguno de estos tres caminos lleva a Roma, a la pintura académica italiana, si no es acaso el de Flores, a través de Picasso. Pero los tres caminos concurren a la busca de un nuevo orden en la pintura que tantos pintores, y no pocos españoles en París, buscan cada vez con más empeño. Los tres murcianos se han puesto a caminar en el centro de la pintura de París; están centrados. La Galería de los Cuatro Caminos no puede ser más céntrica: está en la Magdalena. La Exposición de los tres ha sido muy notada y ha tenido mucho éxito. ¿Cuál de los tres encontrará primero el cuarto camino de su Galería y de París?

CORPUS BARGA

Poemas de asedio

1

RETRATO

Se ignoraba a sí mismo,
firme, cerrado, recto,
y la luz lo asediaba
rebotando en su cuerpo.
No era de carne, que era
de ladrillos negros.
Era como un alto fuerte
¿quién habitaría dentro?

La luz que no podía
penetrar en su cuerpo
—¿guardián de qué?—
lo abrazaba queriendo
ser humedad brillante
de sus muros sedientos.
Ni pájaros ni flechas
traspasaron su cuerpo.
Se ignoraba a sí mismo,
firme, cerrado, recto.

2

AMANECER

A José María Souviron

Se abrió la noche. La luz
de la oscuridad sacaba
todos sus trajes de piedra,
todas sus joyas de agua.
Sobre el verde de los campos
su ropa de cal planchada.
Se abrió la noche. La luz
desabrochó las ventanas
y su desnudo brillante
vistió con torres y casas.

3

DESNUDO

El cielo de tu tacto
amarillo, cubría
al oculto jardín
de pasión y de música.
Altas yedras de sangre
abrazaban tus huesos.
La caricia del alma
—brisa en temblor—movía
todo lo que tu eras.
¡Qué crepúsculo bello
de rubor y cansancio
era tu piel! Estabas
como un astro sin brillo
recibiendo del sol
la luz de tu contorno.
Sólo bajo tus pies era de noche.
Eras cárcel de música
de la música presa
que intentaba escapar
en cada gesto tuyo
pero que no podía salir
y se asomaba como un niño
a los cristales de tus ojos claros.

4

VIDA

¡Cómo se me escapa el suelo!
¡Cómo me rozan los hombros
los horizontes en fuga!
¡Cómo me despeina el cielo
en esta carrera loca!
¡Ay, que con mi pecho empujo
y hundo en barrancos los vientos!

Las paredes derribadas.
Grietas en el firmamento.
Roto el mundo, desclavado.
Yo, sobre escombros corriendo.
Abierta contra la negra
playa de su blanco fuego
la puerta final del mundo,
dinteles de luz desiertos,
se ofrece en arcos tendidos:
norte y meta de mis sueños.

5

LA POESIA

Tan clara que invisible
en sí misma se esconde
como el agua o el aire
transparente y oculta,
desierta no, surcada
por pájaros y peces,
herida por los árboles.

MANUEL ALTOLAGUIRRE

1928.



RAMÓN GAYA: Una maja

Poesías

Palomas y nardos
trasciendan la orilla
frente al agua inmóvil
de joven sonrisa.

Por el cielo vengan
tu luz y la mía,
surcando las ramas
del agua con brisa.

Si arraigan los barcos.
Si prenden las islas.
Si van por el agua,
calladas caricias.

Palomas y nardos
trasciendan la orilla:
palomas y nardos
en blanca deriva.

Jardín

1

Alba lenta: En sus luces
unifica las claras
rosas crepusculares
otra vez desangradas.
Rientes tallos curvos
acumulando, en vagas
palideces, los rayos
oblicuos, en extrañas
refracciones sin cuento,
ténues brotes de agua...
¡Indeciso triunfo!
Limpio cristal de estancia,
luce, ante jardín pleno
altas flores de alba.

2

Flora: ¡Qué lento brote
se inicia y manifiesta
en avance sin tiempo
contado, en franca muestra
de crecimiento mudo,
savia dormida y lenta.
Hasta la sombra en ángulo
corales nuevos deja,
anhelando ventanas
en claridades nuevas.
Al fin, el arco. El humo
del matiz se desvela
prematuro, buído,
sin luna y sin estrella.

JOSÉ MARÍA SOUVIRON

Piedra al pozo

Suben las quejas del agua.
—Las de lo azul en lo hondo.
Las voces, llorando llantos,
llegan a mí desde el fondo.
¡Herido a traición el cielo!
¡Herido a traición el orto!
Ay, monte azul, reclinado
en el verdor de mi hombro.

Todas las sombras del valle
tejen sus vuelos en torno.
Todas las ráfagas frías
cortan la noche de otoño.
Cuánto lucero dormido
sobre las ramas del olmo!

ANTONIO OLIVER

1928.

El viento jubilado

A Jorge Guillén

Aquel, que ni podía
llevar de la violeta
el olor, viento mío
lastinado de espinas,
al servicio de rosas,
de nardos al servicio,
vivió mejores días.

Aparejaba el aire,
pintaba las cancelas
de abril y de la tarde
y componía amores
con los hilos más dulces,
blancos, negros y verdes,
amarillos y azules.

Devanaba la gloria
y al rocío enseñaba
recetas de perfumes.

Aquel viento no puede
en su bolsa cansada
llevar a la violeta
su olor y por debajo
de mi puerta, fatiga,
la selva de la alfombra.

— Viento viejo, ¿A qué vienes
con tus manos vacías?
— A recoger mi muerte;
morir quiero entre hojas
de libros, todavía.

ALEJANDRO COLLANTES DE TERÁN

Poesías

1)

Yo no sé, yo no sé...
Pero tu risa muda
sus acordes, y duda
de sus aguas mi fe.
Conmovida de cruces
con la noche te enlazas
y a mis rosas abrazas
en éxtasis de luces.
¿Hasta cuando la nieve
dividirá tus sedas?
Milagrosa, te quedas
en un miércoles leve.
Alégrate. Ya el río
deshiela perspectivas,
y liberta cautivas
músicas el estío.
Sigue el surco que ofrece
ternuras de distancias.
¡Ya verás qué fragancias
de resoles florece!

2)

Impasible, el reló
va restaurando flores.
Primavera: colores
húmedos.

Serio yo

repaso mis auroras
en tanto tú te meces.
Estío: maduresces
tiernas de mecedoras.
Un manuable planeta
necesita tu fuente.
Otoño: eternamente,
crepúsculo violeta.
Y el invierno, por fin,
¿qué suspira?

— Suspira...

¡Quién lo sabe!

(Ella, mira,
conmovida, el jardín).
¿Ayer? ¿Mañana? No.
Hoy de firmes colores.
Va restaurando flores,
impasible, el reló.

3)

Cómo se colecciona
—luz de la sobremesa—
toda mi infancia, presa
de tu frágil corona.
¡Intransferible instante!
Qué bien rizas temblores
y estremeces rubores
en tu rincón distante.
Regando el claro fruto
das tu mejor aliento
y con verdor de viento,
acompasas mi luto.
¡Suavísima tristeza!
Casa, árbol, río, fuente,
molino, almendro y puente,
comparte la belleza.
¿Y la aurora?...

La aurora,

ébria de su blancura,
goza de sí, y apura,
hasta el sinfín, la hora.

4)

¿Amor? Artificiales,
no me gustan las rosas.
¡Húmedas y esponjosas
de sol!

Entre cristales

divagas tu perfil,
rígurosa de acentos.
Mientras, riza a los vientos
sus transportes abril.
¿Amor? Difícil brisa
de aristas imperfectas
a mi azulada risa.
Pero—¡ah!—si yo pudiera
evadirte tus grises...
¡Luz tibia de países
rubios de primavera!
¿Amor? ¡Colinado instante!
Abajo yo. Tú arriba.
Y, en el aura, la esquivo
adelfa de tu guante.

FERNANDO ALLUÉ

1928.

Epistolario

QUERIDO amigo: Tiene esta carta algo de despedida a Merced 22. Crea que siento mucho la mudanza. Al no conocer la otra casa, la otra calle, será para mí muy triste; mis cartas me parecerá que *no llegan*.

De ahora en adelante nos escribiremos en las mismas circunstancias. Usted tampoco puede *ver* la llegada de las tuyas, puesto que tampoco conoce mi calle, mi portal, mi escalera. De ahora en adelante, echaré las cartas para usted en los buzones como si las tirara a un hondo barranco, a ese barranco sin fin de los sueños, en los que nunca terminamos de caer.

De nada me sirvieron las notas (ya desaparecidas) hechas durante el viaje, del viaje. Es peligroso hablar del libro que se está leyendo, del cuadro que se está mirando. Únicamente, ahora, ya lejos...

A Nimes llegamos de noche ya. Lo vimos casi todo. Un río verde, misteriosamente verde; un jardín azul y sólo; a pesar de la noche, un cielo pálido, transparente y claro como de acuarela. Al día siguiente un Nimes nuevo, con esa doble novedad que posee lo conocido que ha variado. Las mismas casas, los mismos árboles, el mismo río... y sin embargo, ¡qué distinto todo! Lo completamente nuevo no sorprende tanto porque uno ya lo esperaba así, como se presenta. Pero lo conocido ya, y vuelto a ver, mas distinto de la vez anterior, es lo que verdaderamente sorprende, lo que sorprende por su *novedad*.

Se podría decir que las *variaciones* solo se encuentran en la *repetición*. No basta con el *estreno*. El estreno solo sirve para que la *segunda vez* no lo sea.

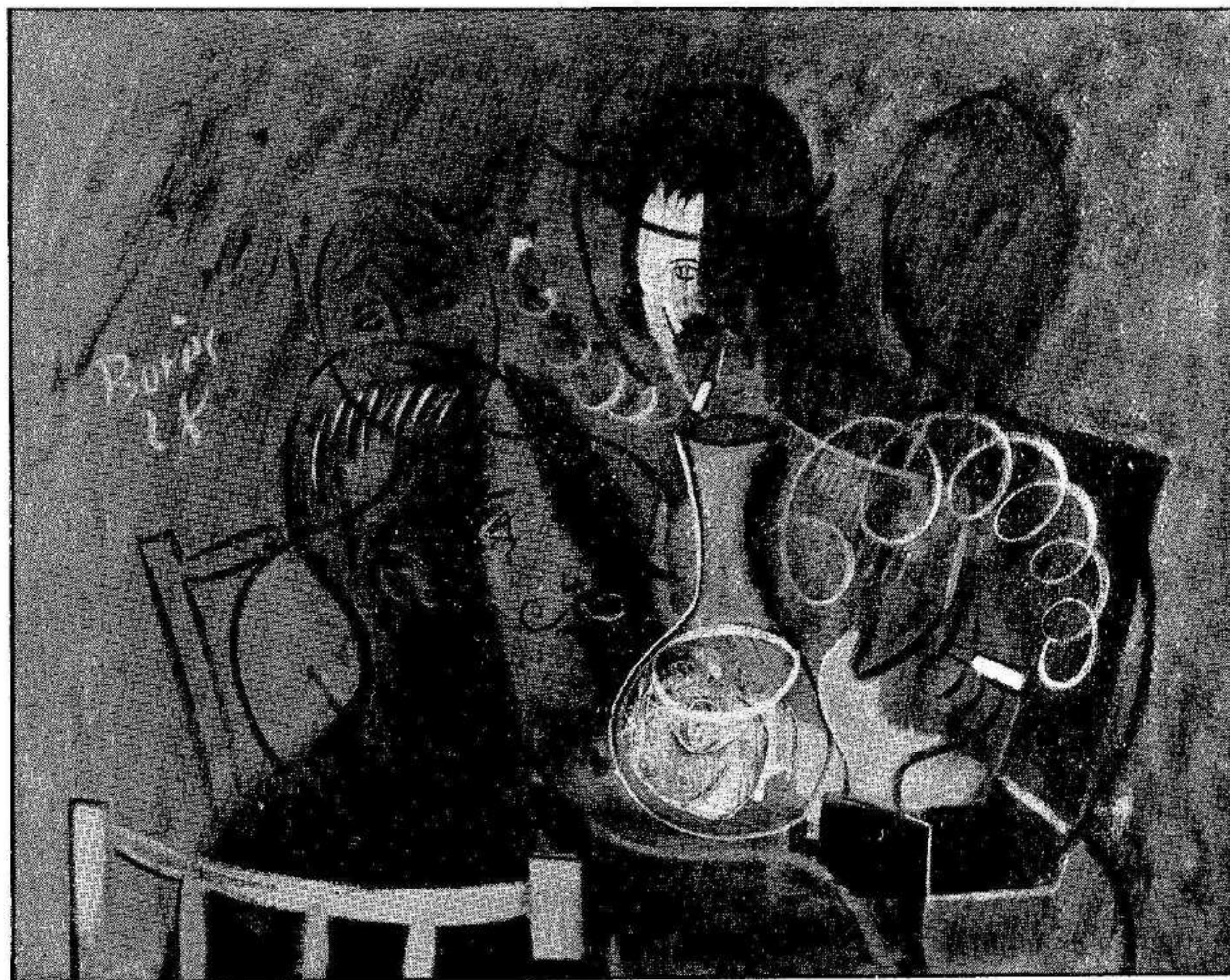
Así, el Nimes segundo resultó un Nimes alegre, lleno de luz, de hojas nuevas, de manotear de niño en el azul, claro y suave.

Después, Marsella, llena de color, de variedad, de idiomas. En el hotel, una habitación muy baja de techo, con unas ventanitas pequeñas por donde entraba una luz suave, como de camarote de barco. Desde mi cama se veía el incansable baile de San Vito de los faroles (no eléctricos). ¡Cómo me dormía en este balanceo, en este oleaje de la luz! El puerto, lleno de restaurantes con olor a cuerdas y a maromas de barco. A mí siempre me gustará pasar por Marsella como el que pasa ante un escaparate bonito, pero nunca vivir en el escaparate, ¡por Dios!

Al día siguiente Cassis, el divino Cassis. Marsella es donde se compran esos objetos absurdos, chapinas coloreadas, espejitos con una orla de caracoles marinos, y todo con ese leterito en purpurina dorada (que es lo que dá valor a la cosa) y en el que dice: «Requerido de Marsella». Cassis es lo contrario. Cassis es para vivir siempre.

El primer París que se conoce es el París monumental, arquitectónico. Este París, llamado por mí *arquitectónico*, casi no emociona; produce a lo más admiración. La admiración siempre resulta una cosa despegada de lo admirado, no existe *cariño* en la admiración, solo se «reconoce el mérito». Después, ya se complica la vida con la arquitectura, y Nôtre Dame deja de ser una «admirable» catedral gótica para convertirse en algo viviente y poético.

Para vivir son indispensables los recuerdos; y a la llegada, forzosa-mente, hay que alimentarse de los recuerdos de España. Más tarde, cuando ya se alejan las primeras



FRANCISCO BORES: En el café

impresiones, los primeros hechos, y estos hechos y estas impresiones se pueden utilizar ya como *recuerdos*, es cuando se les empieza a querer. Para estar centrado hace falta tener espacio delante y detrás. El «delante» será lo venidero, el «detrás» la historia. La historia (muy a pesar de los cubistas tontos) es inevitable e indispensable. Por eso, conforme se va fabricando «pasado» se va adquiriendo tranquilidad y centro.

Matilde, Supervielle, Bores y la librería de León Sánchez, han influido mucho en la formación de este cariño que ya siento por París.

Hall me escribió preguntándome por la situación artística de París. Confiesa así: «Es que yo también he dado en padecer de la sugestión: París. He dado en sospechar que llevo ya un tiempo excesivo apartado del Centro, (¿lo es?), de la Fuente de Novedades, de la VILLE LUMIÈRE. Siento curiosidad por aquello, y sentir una curiosidad sin satisfacerla, claro que debilita, y es malsano».

¡También Hall, amigo Guillén!

Van Gogh me interesa enormemente. ¡Tan cálido, tan claro, tan fino a veces! Renoir es simplemente delicioso. ¡Tan sin preocupación de resolver nada, y qué resuelto todo, sin pena, sin esfuerzo alguno! Cezanne menos inocente, menos «delicioso» pero más intenso, más importante y serio. Manet es un gran pintor, pero recuerda tanto, tanto, a Velázquez y a Goya, que palidece mucho en la comparación inevitable.

Braque es un pintor extraordinario, sensible, fresco, (velazqueño, dijo Bores), pero quizá poco *atrevido* al lado de la enorme valentía de Picasso. Bores es un pintor admirable, lleno de brío y delicadeza. Modigliani es uno de los pocos pintores que representarán este siglo; extraordinariamente elegante, cándido y cariñoso. Matisse jugoso y alegre como nadie.

Tiene usted una idea falsa de París, querido amigo. En París no se paga el mejor cuadro, se paga la mejor firma; se vende por tamaños. Aquí los bastidores tienen unas medidas fijas y se venden a tantos francos el número. Tiene esto algo de matemáticas. Cuando «se llega» se paga a un precio; cuando hace un año que se vive en París se paga a otro...

En París se vende la pintura por

metros; como los solares por construir. Todo el mundo dice que en España se vende muy caro (cuando se vende), pero claro, no se vende nunca. Las señoras francesas que compran cuadros, no puede usted figurarse el gesto de comprar alfombras que tienen. A mí siempre me parece que van a decir: —¿No tiene ninguno más pequeño? Yo no pensaba gastar tanto.

Trabajamos todo lo posible. Flores reencarnó el «Concierto» en un nuevo lienzo, en un nuevo sentido. Yo insisto en «las salas», pero de otro modo, con más seguridad. Esteban Vicente cree que hemos adelantado mucho; yo también lo creo. «No importa (escribía yo a Hall no hace mucho) la calidad de los pintores de París, no importa que en las galerías de pintura se vean cosas buenas, malas; lo importante es el brío, la fuerza, la *actividad* que proporciona París, solo París».

Quizá al hablar de «actividad» crea que me refero a que se siente la necesidad de pintar muchos cuadros. Hablo de una actividad interior, artística.

El último capítulo es el más difícil; es en el que hay que poner todos los recuerdos que nos encargan. Hay que *asomarse* al último capítulo como a la ventanilla de la despedida, y lanzar al viento los pañuelos del adiós. A mí siempre me preocupan los finales; en los cuadros, (los contornos de los cuadros quiero decir), en las conversaciones, en las cartas... Yo no quisiera darles este final brusco y rápido que les doy siempre; yo quisiera terminar *en voz baja*, con una tinta especial para los finales, una tinta sin color ya, muy difuminada en el papel...

Esteban me da recuerdos para usted. Matilde me dice que agradece muchísimo su carta, y que pensaba escribirle pronto (no se si lo habrá hecho ya) mandándole su libro recién publicado y... hasta creo que el prólogo de Paul Valéry traducido por ella. Juan Vicens también le manda un saludo. Por último, Flores y yo, dos fuertes abrazos, esperándole a usted en junio. Quizá Hall...

¡Qué lástima no poder poner en el sobre aquella dirección sencilla: Merced, 22!

RAMÓN GAYA

Mayo, 1928.

Istmo

1

Lo fué pensando día tras día...
Salía al huerto, cuando el arcángel del molino bajaba los brazos, y miraba largamente a las balsas; al suelo desnudo y soleado. Luego, iluminado, sonreía al lejano poniente. Sus manos, claros ángulos de incidencia, coincidían en el brocal de las brisas recién despiertas.

2

Juntó las herramientas precisas: un pico, un azadón, una pala. Cuando todos dormían, bajaba al huerto. Todo silencioso, en una dura esquizofrenia de los hombros, oponía a la perfección probable, un ataque fiero. Al convencerse de que no le seguían, reía fuerte y enarbolaba el pico. De balsa a balsa—dos puntos en el ancho plano del huerto—, trazó una línea recta, profunda...

3

La fué ensanchando suavemente, ahondándola. Quedó hecho un cauce tapizado de raíces. A la mitad de su obra, retrocedió asombrado, dichoso! Guardó el pico y el azadón entre los árboles. Rápido hizo un agujero en la balsa de la derecha: el agua, despierta y ágil, fuese volcando al cauce, lo anegó! En la cintura de la otra balsa, abrió un nuevo orificio: lenta, íbase vertiendo el agua...

4

Le sorprendían las albas más frescas, contemplando estremecido aquella transfusión de claridades.

Apoyaba la frente recorrida de auroras, en la mano. Paraba las noches en aquel cielo del agua, reflejo a lo largo, sendero de estrellas!

En el silencio anclado, en las madrugada indecisas, aquel correr, aquel navegar del cielo en el cauce minúsculo, daba sol! El lucero más limpio, menos velero, se rompía en la corriente fina y ligera.

5

Con las manos más blancas y las sienes más finas, él, abrió los surtidores resplandecientes del día. Las ventanas etornadas del horizonte temprano, las húmedas y tiernas colinas, caían en el reflejo sonoro.

En él, en sus ojos,—dos balsas más en el claro pálido del rostro— el paisaje reclinaba toda su lejanía encendida...

Qué altas, estas estrellas del agua, cuando saltaban a la línea profunda del huerto!

Qué agua tan limpia, la que ofrecían sus dedos de algas y raíces frescas!

A él, todo a él: brisas, luceros, cielo. En él, todo en él: agua, planos, proyecciones de azul.

6

Conseguido el cauce, sintió celos de la luna. Y otra vez, día tras día, lo fué pensando...

7

Una noche diáfana, jubilosa, buscó el pico. Con odio, deshizo la espada amorosa del huerto. Herida al florecer en plata, le saltó al rostro, a los cabellos auriolados.

¡Qué bien, en las horas amanecidas, verdearon los luceros arrancados al cauce!

Por el plano con sol, trémula de ventolinillas, corría el agua de las balsas ágiles!

CARMEN CONDE